

vista, al canal de Lycia, y deslizarse las rocas resbaladizas del Taurus; los diez mil mineros armenios abrian, sin saberlo los sitiados, inmensos subterráneos hasta bajo los cimientos de los bastiones. Al trigésimo día de sitio, miéntras el gran maestro y los caballeros asistian devotamente al santo sacrificio de la misa en la catedral de San Juan, una conmocion parecida á un temblor de tierra, sacudió las bóvedas del edificio, suspendiendo los cánticos sagrados en los labios de los sacerdotes con un grito de terror. Era el bastion de Inglaterra, cuyo flanco exterior se derrumbaba en la sima del fuego, abierta por los zapadores en sus cimientos. L'Ile-Adam que estaba arrodillado, se levanta con el intrépido arranque de un hombre á quien anima el peligro en lugar de abatirle « *Deus in adjutorium meum intende* » exclama, profiriendo un versículo de los salmos que le obligaba á recitar todos los dias la disciplina de su profesion, « ¡ayúdeme mi Dios! » y saliendo del templo espada en mano « corramos á la brecha, dice á los caballeros, esta hora exige de nosotros un sacrificio de sangre » vuela á los escombros del arruinado bastion, coge una pica, lucha con los restos cuerpo á cuerpo contra los azabs que escalan los escombros, derriba á diez por su misma mano en la mina que hay descubierta, da tiempo al caba-

llero de Golée para que llegue corriendo con sus seis mil veteranos, reunidos en las iglesias, y hace retirarse en tropel á los turcos hasta al pié de sus baterías.

VIII

Estas minas, estos asaltos, estos ataques y la diversa fortuna de un asedio obstinado continuaron renovándose á todas las horas del dia y de la noche hasta el veinticuatro de setiembre. Empezaba á temer Soliman el descabro de Mahomet II. Por lo mismo convocó á todos sus visires á un consejo de guerra en su tienda. Piri-bajá, cuyo talento era la audacia, le mostró con un gesto el estrecho sitio que ocupaba la ciudad en los flancos de la isla, y la inmensa superficie de tiendas, soldados y navíos que cubrian las colinas y las olas. Miéntras que torpemente igualemos, dijo á los generales que dirigian el sitio, las fuerzas de los sitiados á las nuestras, no atacando cada vez sino un punto de la circunferencia, dejáremos la superioridad á esos hombres que combaten en número igual, cubiertos por las empaliza-

das sobre los que pelean sin mas abrigo que el sable. Aprovechémonos de la inmensa superioridad numérica de nuestros soldados, y demos un asalto general en lugar de esos asaltos parciales, en que se consume el tiempo y el ejército. »

El asalto general fué acordado para el dia siguiente. Para poder abrazar de un golpe de vista los ataques á los cinco bastiones, para que las tropas pudieran ver al sultan de todas partes, hizo Soliman construir durante la noche una plata-forma de madera sobre una cresta avanzada de la colina de San Estéban, y colocándose allí á la vista de todos y viéndolo todo, asistió al escalamiento, por sus ciento veinte mil soldados, de unos muros que no eran ya sino montones de escombros. Siete veces aparecieron los turcos en lo alto de las murallas, y siete veces vió el sultan, á través del humo de los cañones y del brillo de las espadas, rodar sus cadáveres por los fosos. La carnicería inunda de sangre los dos lienzos de los muros; millares de turcos espiraron dentro de las fortificaciones; millares de cristianos murieron rechazándolos á los fosos. La noche y el cansancio separaron á los combatientes, sin que los unos hubieran avanzado, ni los otros reculado un paso. En todas partes á la vez habia peleado L'Ile-Adam; su sangre habia enrojecido el estandarte de la Orden, que ar-

rancó dos veces de manos de Grolée para reunir á los caballeros con esta insignia suprema de la religion y del honor. Condujéronle vencedor, aunque herido, á su palacio, sobre una litera de picas. Setecientos caballeros y tres mil soldados quedaban sepultados en su triunfo. Los paisanos de la isla, los ancianos, los niños, las mujeres mismas habian combatido en esta larga pelea de un dia. Hubo que llorar sobre todo á una jóven griega de un valor feroz, igual á su hermosura, cuyo cadáver tendido, con los brazos abiertos al rededor de otro cadáver, obstruia la bóveda de la puerta de San Nicolás; era el cuerpo sangriento de una jóven de la isla de Cos, querida de un jóven caballero de Auvernia. Viendo, desde el pié de la muralla donde asistia al combate, caer al amante á quien seguia con los ojos y el corazon por entre la nube de humo que habia sobre su cabeza, habia entrado en su cámara loca de dolor, y ahogando en la cuna, con sus propias manos, á dos gemelos, frutos de su amor, para sustraerlos de la esclavitud de los turcos, á quienes creia ya dueños de Rodas, y revistiéndose despues con el uniforme de la Orden y las armas de su amante, habia volado á pelear y morir en la brecha junto al cuerpo de su querido. Los rodios reunieron en la misma tumba al caballero, la hija de Cos y sus dos hijos.

Quince mil turcos colmaron con sus cadáveres el foso de San Damian.

IX

No pudiendo Soliman acriminar la intrepidez de sus soldados, acusó la impericia de sus generales, pero no los castigó por su desgracia. Como juez indulgente y equitativo se contentó con echar una reprimenda á Ayas-Beg beglerbeg del ejército de Europa, con enviar á Egipto al seraskier Ahmed-bajá, y con reemplazar con Behram-Beg al capitán-bajá ó grande almirante Mustafa-bajá. Estos generales multiplicaron en vano los asaltos contra todos los bastiones de las diferentes naciones ó lenguas de la Orden; encontraron héroes en todas partes.

Ochenta mil turcos habian perecido en tres meses bajo los muros de Rodas por el fuego, el hierro ó las enfermedades que la infeccion de los cadáveres esparcia en el aire del otoño. Pero Soliman tenia la conciencia de su voluntad y los recursos de un imperio. Los valles de Licia que desembocan del interior de la Anatolia en el golfo Marmoritza, le traian

sin cesar nuevos refuerzos; sus flotas le proveian de todo género de vituallas. No habia precio de oro, de tiempo ó sangre, á sus ojos, superiores á la posesion de Rodas. Quería que su reinado datase de la emancipacion del Archipiélago, como lo habia datado con la emancipacion del Danubio. No ignoraba las escaseces de la ciudad. Se asegura que por cartas lanzadas en la punta de una flecha desde lo alto de una torre del puerto, le instruia el gran canceller Amaral de la extremidad á que se veia reducido L'Ile Adam con los débiles restos de sus combatientes. Los caballeros dieron crédito á estos rumores motivados por la conocida animosidad del gran canceller contra el Gran-Maestre, y por las odiosas palabras proferidas por Amaral despues de la eleccion de L'Ile Adam. La confesion arrancada por el tormento á un servidor portugués de Amaral, confirmó harto ligeramente estas sospechas. Arrestado y acusado Amaral se indignó en vano de que la declaracion de un servidor cobarde ó pérfido, obtenida por medio del suplicio, prevaleciese sobre cuarenta años de fidelidad y servicios á su orden, á su religion, y á su honra, fué decapitado en virtud del juicio del consejo, y murió negando el crimen que se le imputaba. En los reveses, las corporaciones tienen necesidad de achacar la desgracia á la trai-

cion. El gran canciller era un envidioso, su orden hizo de él un traidor. Su muerte no pudo retardar un dia la caída de la isla. Los cuarenta mil refugiados griegos, encerrados cuatro meses hacia dentro de los muros de una ciudad que se venia á tierra é iba á reducirlos á la esclavitud de los turcos, murmuraban contra la obstinacion de los caballeros, y pedian una capitulacion que salvase al ménos sus vidas y su libertad de la venganza de Soliman. Conspiraban abiertamente contra los opresores de la isla que estaban jugando con la sangre de sus súbditos griegos por un vano honor de cuerpo, vana compensacion de su próxima servidumbre. Con el gesto se mostraban, en el vecino Archipiélago y costa de Cilicia, las ciudades griegas, sometidas al yugo de los turcos, y gozando bajo esta dominacion tolerante de sus bienes, religion, costumbres y comercio. El partido griego y el de la orden combatian á mano armada en las murallas mientras que los turcos daban el asalto á las fortificaciones.

Informado Soliman de todo por los espías griegos. resolvió abrirse ancho camino hasta el corazon de la ciudad. Acumuló en una sola bateria de cuarenta piezas de cañon las enormes bocas de fuego de Mahomet II, diseminadas hasta entonces frente á los diferentes bastiones de la plaza. Un fuego continuo, vo-

mitando moles de marmol y plomo, pulverizó y allanó al fin en el muro una brecha inabordable para los sitiados. Un torrente de balas y bombas rodaba sin interrupcion á través de este brecha desde las alturas de la ciudad hasta el puerto. La ciudad atravesada de alto en bajo no podia juntar sus girones bajo ésta perpétua lluvia de muerte. Para unir la persuasion al terror se enarbó el 10 de diciembre, por orden de Soliman, un estandarte blanco en su tienda. Cesó el fuego: dos parlamentarios turcos se adelantaron elevando con sus manos una carta decorada con la cifra de oro del sultan. Abriéronse conferencias, y el 22 de diciembre, en señal de conquista del islamismo, los muezzines llamaron á los creyentes á la oracion desde lo alto del campanario de la catedral de S. Juan, convertida en mezquita, mientras que la música turca ejecutaba aires marciales en lo alto de la torre de S. Nicolás.

X

Entre tanto habia retirado Soliman su ejército á alguna distancia de la ciudad para evitar el saqueo

y dejar á los caballeros y al pueblo de Rodas suficiente tiempo de evacuar con honra la ciudad, tan heroicamente defendida. El seraskier Ahmed-bajá vino en su nombre á invitar á Villiers de L'Ile-Adam á una conferencia bajo la tienda. El Gran-Maestre, confiando en la palabra del vencedor, se fué allí en compañía de un caballero de cada lengua para que fueran testigos delante de toda la Orden. El viejo guerrero estuvo esperando largo tiempo al aire libre como un pretendiente, expuesto al viento y á la nieve delante de la tienda de Soliman, hasta que el divan, que se hallaba reunido en aquel momento, concluyera sus deliberaciones. Informado el sultan de esta falta de respeto á la ancianidad, al rango y á la desgracia, se apresuró á mandarle un caftan y una pelliza de honor, y á introducirle en su presencia con todas las consideraciones de soberano á soberano. Complimentóle por su valor y virtud, dignos, le dijo, de los mas grandes guerreros, de quienes hubiese leído las hazañas en las historias. Felicitó á los cristianos por tener héroes como él. « Si « tuviera yo servidores como tú, añadió, los estimaría en mas que uno de mis reinos. »

Villiers de L'Ile-Adam llevaba en su fisonomía el dolor y la humillacion de un vencido. « Consuélate, « le dijo el sultan, achaque es de soberanos y guer-

« reros como nosotros, ganar y perder al antojo de « la fortuna, ciudades y provincias. » Acordó al Gran Maestre y á los caballeros todas las condiciones de honor y seguridad en la retirada, compatibles con la victoria. L'Ile-Adam entró en la ciudad igualmente admirado de vencedores y vencidos. Al dia siguiente montó á caballo Soliman, vestido de simple askindji, y seguido solo de dos pajes vestidos del mismo modo, fué á visitar bajo la garantía de la tregua, las ruinas de la ciudad que iba al fin á poseer. Entró á la hora de comer en el palacio del Gran Maestre y en la sala en que comian en comunidad estos monjes guerreros. Con uno de sus pajes, que hablaba el griego, pidió hablar á L'Ile-Adam, quien reconociéndole, le recibió como huésped, y no como soberano. Largo tiempo se entretuvieron el anciano y el jóven en la terraza del palacio, que domina la ciudad, el mar y el Asia Menor, cercada como jardin por las nevadas cimas de las montañas de Cilicia. Penetrado el sultan de estimacion hácia el héroe de Rodas, le propuso por sí mismo un plazo mas largo y condiciones mas llevaderas para la evacuacion de la isla. El Gran Maestre le ofreció como presente cuatro magníficas copas de oro, cinceladas y enriquecidas de topacios, que decoraban el tesoro de la Orden. El sultan se enterneció hasta llorar al con-

templar los preparativos de eterno destierro que imponían la victoria y la capitulación á los viejos oficiales de Rodas, para quienes esta isla habia llegado á ser pátria. « No sin dolor y vergüenza, dijo á sus pajes al montar á caballo, me veo precisado á obligar á este viejo cristiano á que abandone en la ancianidad su casa y bienes. »

XI

Para que el día no viese las lágrimas y el rubor de la partida, L'Ile-Adam se embarcó por la noche en las galeras de la Orden y en navíos griegos prestados por Soliman, con cinco mil habitantes de la isla, caballeros ó familias de la misma, identificados con la Orden, que preferían correr su suerte mas bien que quedarse en una region sometida ya á los musulmanes.

El sol al salir alumbró á esta flota, meciéndose aun al través de las rocas escarpadas de la isla. Las ruinas y colinas estaban cubiertas de los que se quedaban, implorando con los brazos, levantados al cielo, la proteccion de Dios en favor de sus compatriotas.

Largos y tristes adioses contestaban del puente de las galeras con cinco mil voces estallando en suspiros á la vista de murallas y campos, cuya pérdida les rasgaba el corazon. Soliman mismo se enterneció. El mar alborotado por las tempestades del invierno, aumentaba la tristeza del espectáculo, Los navíos de L'Ile-Adam maltratados por las olas, estuvieron errando de escollo en escollo á través del Archipiélago durante veintidos dias, ántes de aportar uno á uno á la costa veneciana de la isla de Candia. Allí desembarcó Villiers de L'Ile-Adam con su colonia de expatriados, y pasándoles revista en la playa, lloró con ellos la pérdida de la pátria. Pasó el invierno en Candia en la sombría y dura hospitalidad de los venecianos. Los reyes de Europa, indiferentes á la decadencia de este monasterio soberano de guerreros, que en lugar de servir embarazaba su política, permanecieron sordos á las quejas de los caballeros. Mas dócil á las instancias de Roma, el rey de España, se prestó á cederles la isla de Malta, árida y despoblada entónces, como puesto avanzado, no ya contra el Asia, sino contra el Africa. Allí llevaron el espíritu feudal, monástico y aristocrático, genio anticuado de una institucion que nació en otra época y no podia conservarse sino en una isla. Cuando abordó Villiers de L'Ile-Adam á esta roca árida, sin otro horizonte que las olas entre Afri-

ca y España, echó de ménos las colinas, las sombras, las aguas, las majestuosas perspectivas de Rodas. Las riquezas de la Orden, aun intactas en el continente, edificaron en pocos años una ciudad, puertos y arsenales inexpugnables sobre las rocas de Malta; pero la distancia de la costa de Asia, la ociosidad, la opulencia, la decadencia del espíritu religioso, la licencia de costumbres en una juventud militar, que tenia reglas sin la fé de una institucion monástica, la ambicion, la intriga, las rivalidades de nacion, la anarquía, depravaron rápidamente á este convento de nobles y soldados, vestigio póstumo de las cruzadas, destinada á perecer por la mano misma de los cristianos.

El héroe de Rodas, L'Ile-Adam, testigo ya en Malta de esta corrupcion del instituto, cuya caída habia ilustrado, murió de dolor mas bien que de viejo, contemplando los vicios, los desórdenes é insubordinaciones de esta anarquía militar á quien ya no santificaba el fanatismo; pero el nombre y virtudes de este grande hombre prolongaron los destinos de la Orden por la inmortalidad de sus hazañas.

XII

Conquistada Rodas, arrastró consigo la caída de todas las islas vecinas en el Archipiélago griego, que dependian de los caballeros; Cos, Leros, Kalymna, Nisyros, Chalcis, Limonia, Telos, Symé. Las mujeres griegas de la isla de Syme eran célebres como buzos para arrancar las esponjas y el coral en el lecho del mar. Soliman, que las habia empleado durante el asedio en anudar cables debajo del agua á los anillos de las rocas para aproximar sus máquinas de guerra á las murallas, les concedió el privilegio de usar turbantes de muselina blanca, privilegio reservado hasta entónces á las mujeres musulmanas. Miétras duraba el sitio habia empezado á edificar una nueva ciudad en Rodas, en un valle mas espacioso y fértil, en el sitio de la antigua Rodas, llamada *valle de los jacintos*. Los restos de estas construcciones otomanas mezcladas con ruinas de mármol y pedestales de estátuas de ninfas en bosques de naranjas, obstruyen todavía el suelo, donde Soliman

levantaba su kiosko. Pero tan pronto como los caballeros evacuaron la isla, mandó Soliman levantar los baluartes de la ciudad conquistada, aprovechando los inmensos trabajos de los cristianos para defender á la isla contra su vuelta. El palacio del gran maestro y el de los caballeros, que estaban en la parte de la ciudad, medio arruinados por las bombas entre los cuarteles, mezquitas y alminares de los nuevos conquistadores, quedaron en pié como monumentos de un campo de batalla entre dos razas que habian trastornado la tierra, el mar y los peñascos con su lucha.

Despues de un mes de residencia en su conquista, dejó Soliman en Rodas una parte de su ejército para reedificarla, y entró en Constantinopla con el nombre de príncipe dos veces conquistador en ménos de dos años de reinado. Su triunfo recordó en el hipódromo los triunfos de los emperadores griegos en Bizancio, mas aun que los de los salvajes tártaros. Su genio era ya europeo mas que asiático. La política y el corazon le hacian meditar en silencio un completo cambio de visires mas conformes en ideas y costumbres á su carácter que los groseros visires formados en los campamentos por su padre. Miéntras no habia aun conquistado por sí mismo este renombre militar que tan apreciable es para un

pueblo conquistador, se habia servido con parsimonia de aquellos soldados colocados en el divan por su popularidad entre la soldadesca. Ahora ya que Belgrado y Rodas, presente hecho por él mismo al imperio, igualaban casi á los ojos de los otomanos al regalo de Constantinopla de Mahomet II, podia sacudir el yugo de su divan, y reinar, no como protegido sino como señor de sus ejércitos. Buscaba á su alrededor un visir grande por su talento. La casualidad y la amistad le habian proporcionado uno, acomodado á la vez á su política y á su corazon : supo presentirle y amarle, y le elevó al rango para el que habia nacido predestinado.

XIII

La historia de Ibrahim, favorito de Soliman II es uno de aquellos cuentos vulgares en las costumbres de Oriente, en que el Occidente se figuraría que estaba leyendo las quimeras de las fábulas. Ibrahim era hijo de un pobre pescador griego de Parga, en la costa dalmata del Adriático. Sorprendido un dia en la barca de su padre por piratas turcomanos de Cili-

cia, y siendo aun niño de una rara hermosura, fué vendido como esclavo en Esmirna á una mujer viuda y rica del valle de Magnesia, para que tuviera cuidado de sus jardines. A sus gracias é inteligencia, que lisonjeaban el orgullo de esta viuda, debía Ibrahim los cuidados maternales de su educacion. Aprendió de los maestros mas célebres de Magnesia el Coran, lenguas, elocuencia, poesia y música, principalmente á la que daban la preferencia sobre las demás artes los voluptuosos habitantes de la Ionia. Ora fuese que meditara adoptarle un dia como hijo, ó que quisiese mas bien aprovechar los talentos de su esclavo para alquilarlo ó venderlo mas adelante á gran precio á alguna familia poderosa de Magnesia, lo vestía con los mas ricos atavíos. Por todas partes divulgaba los dones que habia recibido de la naturaleza y la educacion. Hacia alarde de su hermosura en los lugares públicos, haciendo ostencion de que le siguiera este adolescente. Hombres y mujeres le envidiaban tan bello esclavo.

Era el tiempo en que Soliman, relegado por su padre á su gobierno, habitaba en Magnesia. Cazando un dia á caballo en las praderas del valle; oyó en las márgenes de un arroyo los deliciosos sonidos de una flauta, que herian sus oidos á través de los plátanos, y revelaban en el músico tal arte y talento que no

eran propios de un pastor. Aproximóse, y viendo á Ibrahim quedó encantado de su figura, respuestas y talento para la música; pagó con la prodigalidad de un heredero del trono al jóven esclavo; le admitió en su serrallo, dióle libertad, embriagóse con los sonidos de su instrumento, se asombró de su ciencia, de su inteligencia, de su aptitud para todos los ejercicios del cuerpo y del espíritu, perfeccionó sus talentos con las lecciones de sus propios maestros, gustó cada dia mas de su conversacion y le hizo el compañero favorito de sus estudios y distracciones. De esclavo de una pobre mujer de aldea, llegó á ser Ibrahim, á los veinte años, el amigo del futuro sultan de un imperio.

Muerto Selim I, llevó Soliman á su favorito, á Constantinopla, al Danubio y á Rodas, para formarle á la vez para la guerra, el gobierno y la política, sin darle por entónces otras funciones que las de confidente y amigo.

Dotado Ibrahim de esta aptitud pronta y universal de los jóvenes griegos de Dalmacia, se elevaba en ciencia, valor, talento y fortuna. Pensaba, combatía, administraba secretamente con el sultan. Su intimidad modesta y el oficio de tocador de flauta le libraba de la envidia de los visires. No veian en él mas que un instrumento de los placeres de su señor.

XIV

Entre tanto había resuelto Soliman emancipar al estado del ignoble gobierno de estos jefes de la soldadesca, que su padre había metido en el serallo, sacándolos de los campamentos. Quería gobernar por sí mismo, y las costumbres otomanas no admitían el gobierno personal del sultan. Buscaba un visir que administrase el imperio en su nombre. Aprovechándose de la rivalidad de Piri-bajá y Ahmed-bajá, que agitaban al divan para destituir á Piri-bajá, y alejar Ahmed enviándole á su gobierno de Egipto, nombró gran visir al jóven Ibrahim con asombro y confusion de todos los viejos compañeros de armas de Mahomet II, y aplauso del pueblo, cansado ya de su opresion y turbulencia. Piri-bajá se retiró con dignidad á sus jardines del Bósforo, colmado de honores y gratificado con una pension de diez mil ducados. El ambicioso Ahmed se alejó con la venganza en el corazon, resuelto á hacer arrepentirse á su señor de haberle postergado á un favorito desconocido en los campamentos. Investido apénas del gobierno de Egipto trató de corromper á los genizaros

del Cairo, y arrastrarlos á la traicion con el cebo del oro y dignidades, que tan rica provincia constituida en soberanía independiente bajo su cetro aseguraría á su ambicion. Sus insinuaciones no hicieron mella en la antigua fidelidad de estas tropas otomanas. Entonces acarició los restos del partido de los mamelucos, estos antiguos señores del Egipto, prometiéndoles restaurar su dominacion si querian reconocerlo por sultan de Egipto y combatir á sus órdenes contra los genizaros, dueños de la ciudadela del Cairo. Los mamelucos corrieron en tropel á sus banderas. En un combate encarnizado bajo los baluartes de la ciudadela, los genizaros vencedores rechazaron á Ahmed y mataron mas de cuatro mil mamelucos. Pero un anciano de estos circasianos educado en esta ciudadela, que conocia sus entradas subterráneas, informó á Ahmed de la existencia de un conducto mal cegado que hacia comunicar antiguamente la fortaleza con la ciudad, y penetrando Ahmed una noche en la plaza con sus mamelucos, sorprendió y degolló á los seis mil genizaros que la guarnecian, y se proclamó sultan de Egipto sobre los cadáveres de sus compatriotas, pasados á cuchillo. Rodeóse de visires, dividió las provincias entre sus cómplices, ajustició á los gobernadores enviados por Soliman para volver á la obediencia á Egipto.

Pero la traicion echó pronto por tierra lo que la traicion habia construido. Uno de los tres visires nombrados por Ahmed para gobernar con él el nuevo imperio, llamado Mohammed-Beg, habia permanecido secretamente fiel al sultan, y velaba, como la venganza, en el divan mismo del traidor. Un puñado de turcos emboscados por sus órdenes en una casa del Cairo, esperaban la hora de sorprender y herir al usurpador. Mohammed-Beg les daba los avisos y señales. Un dia que habia salido Ahmed de la ciudadela con una escolta poco numerosa para tomar un baño en las estufas de la ciudad, los genízaros confidentes de Mohammed salieron armados de su emboscada, asaltaron las guardias del sultan y forzaron las puertas del baño. Advertido Ahmed por el tumulto no tuvo mas tiempo que para escaparse por el techo, á medio afeitado, lanzarse desnudo en un caballo y refugiarse en la ciudadela. Pero Mohammed-Beg abrió sus puertas á los genízaros que persiguian á Ahmed. El recinto de la ciudadela vino á ser á su voz un campo de batalla entre los partidarios del usurpador y los turcos. Los mamelucos cubrieron el suelo con sus cadáveres. Ahmed no escapó á la muerte sino con la fuga. Seguido solamente de veinte mamelucos montados, atravesó á nado el Nilo, y se refugió en el desierto en casa de un scheik árabe que le entregó á

Mohammed-Beg. Su cabeza fué enviada á Constantinopla. El Egipto sublevada un momento volvió á la obediencia; Mohammed-Beg fué recompensado por su fidelidad al sultan, con el empleo de intendente general de los rendimientos del Nilo bajo el nuevo gobernador de Egipto Kasim-Beg.

XV

Despues de este triunfo, estrechó Soliman los lazos que le unian con su jóven visir, dándole por esposa á su hermana. Semejante favor tenia por objeto desalentar á la envidia. La magnificencia de las fiestas celebradas en el serrallo y en la capital con este motivo, añadió á la autoridad del visir el prestigio de su parentesco con el señor del Imperio. La descripcion de estas fiestas atestigua el esplendor á que habia llegado en ménos de tres siglos la córte de los príncipes otomanos. Ayas-baja, segundo visir, estaba encargado de las funciones de paraninfo ó representante del esposo. Vino con cortejo al serrallo á invitar al sultan mismo á las bodas. Aceptó Soliman la invitacion, y en términos magníficos hizo el elogio de su